

El pulque y sus bienquerientes

De acuerdo con el *tonalamatl* –el calendario adivinatorio de los aztecas–, el sino de quienes nacían en un día *ome tochtli* –“dos conejo”– era el de la borrachera. Este augurio no debía tomarse a la ligera, porque al menos estaban implicados Mayahuel y Tezcatzóncatl, los mismísimos dioses del maguey, el pulque y la embriaguez. No era casual, pues, que el santuario donde nuestros antepasados rendían culto a la beodez estuviera ubicado en los Llanos de Apan, precisamente en Ometusco –del náhuatl *Ometochco*, “Lugar de Dos Conejo”–, justo donde al tiempo se asentó una de las más grandes haciendas pulqueras del país. Cabe agregar que los sacerdotes encargados del culto en *Ometochco* eran los *centzontotochtin*, que en español significa “400 conejos”.

Durante la colonia el pulque se desacralizó y algunos españoles con visión de negocio se dedicaron a explotarlo de manera comercial, mientras que otros –los más– se aficionaron a su consumo. El 18 de noviembre de 1546 se abrió el primer establecimiento donde se expendía la bebida de maguey en la ciudad de México, y casi de inmediato las autoridades civiles y religiosas empezaron a desalentar su consumo. La intimidación arreció tanto, que entre 1607 y 1625 el pulque –también llamado *octli*, *neutle*, *tlachique*– de plano llegó a estar prohibido, pero, como era de esperarse, la prohibición sólo sirvió para elevar su precio y las ganancias de quienes traficaban con esta bebida. Los castigos variaban según el infractor. Había alcohólicos de primera –los españoles– y beodos de segunda –los naturales–, tal y como revelan las ordenanzas reales de 1771, que establecían: “Los indios que se encontraren borrachos serán conducidos a la cárcel y al otro día se les aplicarán 50 azotes en el palo de la plaza mayor”.

Una vez consumada la Independencia, el país se adentró en el caótico dédalo del siglo XIX. Entre 1861 y 1877 circuló en la ciudad de México el periódico progresista *La Orquesta*, en cuyas páginas escribieron Vicente Riva Palacio, Francisco Pimentel y Constantino Escalante, sólo por mencionar algunas de las plumas más mordaces e incisivas. En su edición del 18 de julio de 1868 apareció un artículo intitulado “Representación del pulque”. En dicho artículo el fermentado de maguey tomó la palabra para denunciar la persecución secular de que había sido objeto y demandar un trato digno por parte de los gobiernos nacionalistas. De nada sirvieron los ruegos de *octli*, pues pocos años después don Porfirio –siempre europeizante– arremetió contra el pulque y apoyó de manera decidida a la cerveza. ¡Tarros sí... jarros y tornillos no! La realidad era que *el Llorón de Icamole* quería gobernar a un país de indios clorinados. El efecto de la campaña fue devastador. Los números son elocuentes. Hacia 1882 el pulque representaba 94% de las bebidas consumidas en México. Casi medio siglo después, en 1929, la cifra se redujo a 58%. Posteriormente, en 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial, el porcentaje disminuyó aún más, hasta 48%. En la actualidad, su producción sigue siendo artesanal y el consumo sigue cayendo en picada, pero nadie puede darlo por muerto. De hecho, a las fotos nos remitimos para probar que en las últimas décadas no le han faltado bienquerientes de corazón.